

Inspección Departamental de Higiene de Maldonado

Vacante el puesto de Inspector Departamental de Higiene de Maldonado, ha sido designado el doctor Román Bergalli para ocupar el expresado cargo.

Sobre vacunación obligatoria ¹

Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados por el doctor F. Soca, al discutirse el Proyecto de Ley referente.

(Conclusión)

SESIÓN DEL 28 DE OCTUBRE DE 1910

Señor Presidente—Continúa la discusión general del proyecto de vacunación obligatoria.

Tiene la palabra el señor diputado Soca, que había quedado con ella.

Señor Soca—Tengo que volver, ante todo, sobre el señor Ruatta.

Yo desconfiaba, por la multiplicidad de funciones acumuladas en el señor Ruatta, que no era un hombre serio, pero no lo sabía y no me atrevía á afirmarlo.

Ahora, por datos precisos que he tenido, resulta que he perdido mi tiempo lamentablemente; que lo que debí hacer, fué simplemente no discutir con el señor Ruatta.

Este señor no es profesor. Se pone «Profesor de Perugia»; pero esa no es una Facultad oficial: es un colegio privado, en que se dan lecciones á los bancos; que no tiene ninguna autoridad, cuyos títulos no tienen sanción legal, el Estado no los acepta.

De suerte, pues, que ese título de «Profesor», es puramente fantástico; pero eso no sería nada. Yo admito que un hombre sin título pueda hacer una obra buena, y esa obra es su título; pero es el caso que este señor no puede hacer ningun obra buena, á lo que parece.

1. Véanse números 50 y 51 de este Boletín.

En efecto, carece en apariencia, de toda seriedad. Ha inventado un remedio y escribe artículos en la prensa diaria, en la cuarta página, para hacer el reclamo de su remedio.

Bien; esta conducta pierde para siempre á un hombre en cualquier centro científico del mundo. Además, si se añade que ese remedio no vale nada, según la opinión de profesores eminentes, que es una pura mistificación, esto me parece que completa bastante el retrato del señor Ruatta.

En Italia ningún hombre, ningún médico eminente, le llama su colega; en ningún congreso se admite ninguna comunicación del señor Ruatta, porque se sabe que se trata siempre de cosas poco serias, y se sabe que los congresos admiten comunicaciones del último de los médicos de cualquier parte. Si hay un congreso en París, puede un médico del último rincón del mundo enviar una comunicación y se la reciben. Pues bien: en Italia ningún congreso recibe una comunicación del señor Ruatta.

Además, la idea que tienen de él sus colegas italianos es terrible, y se condensa en una palabra que no quiero pronunciar, movido por respetos humanos que se adivinan.

Resulta, pues, que no había para qué discutir con semejante personaje, que no había para qué tomar en serio las cifras que presenta; esas cifras son seguramente fantásticas.

Ya ha podido verse la inconsistencia absoluta que tienen. Improvisando aquí, me fué fácil destruirlo casi todo; pero, repito, había que dejarlo simplemente donde está, sin ocuparse de él para nada. No es serio—me ha dicho un profesor eminente de la escuela italiana que lo conoce,—discutir con el señor Ruatta.

Este pequeño incidente tiene un corolario singular: un hombre honrado y sincero, como el que más, como lo es el doctor Paullier, presenta á la Cámara, en favor de su doctrina,—inocentemente bien entendido,—un testigo falso, de una falsedad palmaria y chocante. Esto prueba la dificultad de tocar la más simple cuestión de la vacuna, sin la necesaria instrucción médica.

Otro corolario singular: la ciencia entera italiana, una brillantísima escuela, como se sabe, que tiene sabios ilustres y de una gran autoridad como Di Giovanni Grocco, De Renzi, Murri, Cardarelle, Castellino, nuestro eminente compatriota, Luciani Mosso-Golzi, estos últimos potentes y originales creadores. La ciencia italiana, que comprende centenares de ilustraciones, cuenta un solo antivacunista. Todos los sabios italianos son sinceros y ardientes partidarios de la vacuna. Ahora bien; en frente de ellos está solo, aislado el señor Ruatta, que no tiene títulos, ni trabajos de ningún género—y que la ciencia rechaza de su seno casi violentamente por su falta de seriedad y sus procederes poco conformes con las costumbres de la medicina universal.

El señor Ruatta, pues, de un lado, y toda la brillantísima escuela italiana del otro; tal es la suges tiva proporción de los vacunistas y antivacunistas, y así pasa siempre con todos los antivacunistas: en todos los países, casi sin excepción ninguna, son antivacunistas los menos autorizados, los que menos títulos tienen, los que menos valen, aquellos á quienes la ciencia repudia. ¿No dice esto más que cien discursos la estimación que la ciencia universal consagra al antivacunismo? Este desprecio absoluto, ¿no es una prueba de la insana fragilidad del sistema?

Y ahora prosigamos con los ingleses, ó—mejor dicho— con el inglés, porque es uno solo el que ha citado el doctor Paullier, y es á ese solamente al que yo me refería cuando hablaba de Inglaterra. Yo no pretendía ejecutar á los ingleses, como dice un diario, con un perfecto mal gusto. No llegan á tanto mis humildísimas fuerzas, y aunque bastaran, la Inglaterra es una de las naciones más grandes del orbe, grande no sólo por su extensión y por su fuerza, sino por su elevación moral, única, acaso, en el mundo. Es un noble ejemplar humano por sus incomparables virtudes públicas,—modelo de pueblos libres—ejemplo de luchadores recios, de triunfadores viriles en todas las contiendas del progreso—nación á la que la civilización niversal debe los más grandes servicios y á la que la América debe estar sinceramente reconocida, pues supo acordarle su confianza en las horas inciertas de las dolorosas iniciaciones. En cuanto á la ciencia inglesa, he dicho ya muchas veces que es una de las más elevadas y fecundas y que tiene maestros é investigadores de primer orden.

Lo que hay es que ese señor que nos citaba el doctor Paullier, no tiene título serio ninguno: y si no tiene título serio, ¿por qué lo hemos de escuchar? ¿Por qué le hemos de creer bajo su palabra?

Que diga, á lo menos, cosas serias y fundadas; pero lo que dice es una afirmación sin prueba de ninguna clase, un credo solemne que apenas podía estar bien en la boca de un sabio consagrado y por quien hablan sus grandes trabajos y sus grandes servicios.

Así, pues, debo pasar sobre ese sujeto, y en esto no peco de altivo.

Los ingleses, repito, tienen sabios eminentísimos y una ciencia rica en memorables descubrimientos; pero como lo dije el otro día, el común de los médicos tiene una instrucción detestable; casi no es una instrucción médica. La disciplina científica de estos médicos es casi nula, y sus pasiones, sus prejuicios, sus preocupaciones corren, á menudo, sin freno, como las de gentes extrañas á la Medicina. Voy á citar un ejemplo perfectamente real del fanatismo verdaderamente inconcebible de que son capaces estos

supuestos hombres de ciencia con todos los títulos de que los colma el doctor Paullier con amable complacencia.

Un médico inglés, cuyo nombre puedo dar, si se me pide, con ciertos títulos, los que tienen la mayor parte de los médicos ingleses comunes, decía que la vacuna no preservaba jamás de la viruela; que cuando un individuo escapaba á la viruela era porque tenía armas con que defenderse; que era su propia resistencia natural la que intervenía en ese caso, y añadió: Voy á probarlo. Y se embarcó para Sud Africa, donde había una formidable epidemia de viruela entre los negros; y dijo: «Voy á volver tal cual voy». Fue realmente, tomó una espantosa viruela negra, y volvió todo derrengado, lleno de cicatrices, tuerto, sin párpados ni pestañas, sin voz y respirando difícilmente. Pues bien: no había perdido su fe; siempre profesaba la misma doctrina. Yo pregunto si estos hombres pueden considerarse como médicos. Tienen por lo menos una fe que se parece más al fanatismo religioso que á la ciencia. Deben tener, pues, una instrucción muy rudimentaria, al menos los del montón, porque supongo que habrá numerosísimas excepciones, aún entre los médicos comunes. Esto no quiere decir que para opinar sobre la vacuna se necesite ser un sabio. De ningún modo. Todo médico puede tener sobre la vacuna una instrucción perfecta y decir sobre ella cosas nuevas y sólidas; pero es necesario ser verdaderamente médico, es necesario tener una instrucción médica sistemática, perfectamente organizada.

Pero, en fin, vamos adelante: el señor Paullier se ha empeñado en que yo discuta á Crookshank. Pues bien: si él quiere, vamos á discutirlo.

Crookshank ha escrito varios trabajos y sobre todo un trabajo voluminoso titulado «Historia de la vacuna»; los demás trabajos, fuera de éste, puedo afirmar, no valen gran cosa. Es muy fácil en Medicina, aún sin haber leído estos trabajos, saber exactamente lo que vale: basta para ello recurrir á los textos y trabajos científicos que hacen autoridad, y casi siempre el trabajo que vale, el trabajo que tiene una idea propia, original, que trae una contribución real á la riqueza de la ciencia, está citado inevitablemente. El más modesto de los médicos, si ha publicado un hecho nuevo, puede estar seguro que su nombre está en todas partes y en todas las lenguas. En el movimiento vertiginoso de la ciencia moderna, y en esta época de comunicaciones universales y fáciles nada escapa al investigador que merezca ser conocido.

Pues bien: yo me he tomado el trabajo de revisar los artículos y tesis diversas, sobre todos los asuntos de que trata el señor Crookshank, en las cuestiones ajenas á la vacuna, y no he encontrado su nombre en ninguno de los libros verdaderamente autorizados.

Ahora, en cuanto al tratado de la vacuna, baste saber que su conclusión es contra la vacuna; y bien, recorramos, si quiere el doctor Paullier, el mundo en un minuto, y si quiere, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, hay una pléyade de sabios de primer orden á quienes la humanidad y la ciencia deben los más grandes servicios.

Todos esos sabios, sin excepción ninguna, son vacunistas.

En Inglaterra mismo, los sabios altísimos y consagrados como Lyster, Horsby, Mackenzie, son todos vacunistas, sin excepción ninguna. Se ve, pues, que ese hombre que no ha logrado convencer á nadie que sea verdaderamente serio y superior, no debe tener una grande autoridad en la ciencia.

La autoridad la tiene sólo entre los antivacunistas; pero, se ve, no ha logrado penetrar en los centros científicos, ni convencer á los sabios que, como dije anteriormente, hablan horas y días enteros sobre la vacuna; y no se acuerdan de que Crookshank existe. Eso no pasa nunca con un hombre superior: ese hombre se impone á todos los cerebros; abre todas las puertas, viola todos los conciliábulos y todas las consignas; y, repito, se impone brutalmente á todas las inteligencias.

Cuando un hombre, pues, de esta clase es completamente desconocido entre los verdaderos sabios de todas las naciones, es que su valor real es muy discutible y su autoridad en extremo sospechosa.

Yo le pedía al doctor Paullier que me señalara un hombre consagrado, consagrado por la ciencia universal, que no fuera favorable á la vacuna; le pedía que me señalara, por ejemplo, un hombre como Lyster. Que alguien pronuncie el nombre de Lyster en una academia, en una reunión de hombres de ciencia, y verá lo que pasa: todas las cabezas se descubren, todas las bocas alaban, todas las manos aplauden, porque es uno de los grandes benefactores de la humanidad, porque es un hombre verdaderamente superior, porque todos los hombres superiores se imponen en el mundo entero, de una manera brutal é irresistible.

Pronuncie el nombre de Crookshank: responderá la indiferencia ó el desdén.

Yo hasta aquí no niego ni afirmo nada por mí mismo; constato simplemente un hecho universal.

No me parece legítimo, y hasta me parece ligeramente ridículo que yo empiece á analizar aquí en el Parlamento el libro de Crookshank. Es por eso que preferí presentar á la Cámara el formidable análisis que importa la imperturbable indiferencia de los sabios. Sin embargo, obligado por el doctor Paullier, diré sobre él algunas palabras, las menos que me sea posible.

Es profesor, se dice, en un colegio de Inglaterra. No sé lo que vale este título; no le concedo ninguna autoridad ni se la quito. Paso, pues, sobre él, y voy á las obras.

El libro de Crookshank tiene dos volúmenes; el primero es el único que le pertenece, el otro es una serie de resúmenes de otros autores, y trata todo entero de la historia de la vacuna. Lo que parece ser más esencial, y digo parece, porque el libro no es nada claro, hasta el punto que es preciso llegar á la conclusión para saber realmente si es favorable ó desfavorable á la vacuna, lo que parece ser más esencial en ese libro, son dos cosas.

Primero: trata de probar que la obra de Jenner y de sus inmediatos sucesores no es seria, no es científica, que arranca de una superstición y se funda en estudios que no son rigurosamente científicos. Yo creo que esto no es verdad, yo creo que esto es completamente inexacto y enteramente caprichoso; pero no creo, por el momento, deber discutir una cuestión complicada y que me llevaría demasiado lejos. Diré solamente que esto no prueba nada; que los más grandes descubrimientos han tenido por ocasión un hecho, al parecer, banal, insignificante. En realidad, esto tal vez no es exacto. El hecho, lo que hace es suscitar el genio, despertar, traer á la luz una idea que duerme en gestación profunda y oscura.

Así, por ejemplo, un sabio ha entrevisto una idea, al través de espesas nubes; sus contornos le aparecen vagos, inciertos, móviles, fugitivos; la idea resplandece un instante, luego se esfuma como un ensueño. Pero el pensamiento la persigue, se tiende, se agita, hierve; las ideas revolotean como confusos enjambres, se encuentran, se reúnen, se atropellan; pero la idea huye, nada se precisa ni se aclara, es siempre la fiebre del trabajo en la noche, en la sombra. Luego, cae una teja y se deshace sobre el pavimento.

El cuerpo se crispa, se cristaliza en una visión suprema; una chispa ha saltado en el interior del cráneo, la luz se enciende—se agranda—penetra en todos los rincones, todo se ilumina y resplandece: el cerebro es una aurora. La gravitación universal ha sido hallada.

Y esto que se produjo con la gravitación, se repite con otros innumerables y fecundísimos principios: nacen de un hecho vulgar y miserable y suscitan al genio grueso de ideas. ¿Y reniegan jamás estos grandes principios de su humildísimo origen? ¿Y fueron por eso menos grandes, menos comprensivos, menos ricos de grandiosas consecuencias?

Así, pues, esto en realidad no probaría nada. Si se quiere probar, hay que hacer el balance de las formidables masas de experiencia, como dice el doctor Simón, que nos ofrece la labor in-

mensa del siglo XIX. Si esto prueba la bondad de la vacuna, ¿qué importan los primeros pasos vacilantes del genio que busca en las sombras?

La otra conclusión es esta: que la vacuna es completamente distinta de la viruela, hecho que pondría á la vacuna fuera de las condiciones de inmunidad fijadas por la ciencia moderna; pero esta es una afirmación sin pruebas por el momento.

No hay todavía elementos de juicio rigurosos y absolutamente decisivos para llegar á una conclusión científica.

Se podrá solamente afirmar ó negar en conciencia el día que se descubran los microbios de la vacuna y viruela. Es, pues, avanzar sobre la evolución de la ciencia, hacer tales afirmaciones, á lo menos en mi opinión; pero, repito, lo único que yo quiero dejar constatado aquí, es que ese señor no tiene en el mundo de la ciencia, propiamente dicha, autoridad ninguna, que la autoridad la tiene solamente entre los antivacunistas. No me atrevo á decir de una manera definitiva si merece ó no el desprecio absoluto que la ciencia le consagra. O mejor, me atrevería sin vacilar, pero no tengo interés ninguno en negar absolutamente toda autoridad y todo mérito á todos los antivacunistas. Que haya uno ó varios de cierta distinción, de cierto mérito, eso cambia poco lo fundamental de la cuestión en debate.

Metchnikoff. He aquí un nombre de hombre; un nombre de grande hombre. Es uno de los más grandes bacteriólogos de esta época; es el hombre que ha levantado el velo sobre el misterio de nuestras defensas en las enfermedades infecciosas; el que nos ha hecho asistir á las luchas épicas, á las batallas napoleónicas, al poema colosal que realizan todos los días en la intimidad de los tejidos los infinitamente pequeños.

Es el hombre que ha querido realizar el sueño ó la adivinación genial de Goethe y ha querido dar al hombre una larga vida y una casi perpetua juventud,—no sé si una perpetua ilusión.

En tal caso el pensamiento es soberbio y de una magnífica audacia.

El hombre, pues, me satisface plenamente, y el testimonio también me satisface; y va á verse una cosa curiosa: que yo esté completamente de acuerdo alguna vez con el doctor Paullier.

¿Qué dice Metchnikoff, en efecto? Dice que el microbio de la viruela y que el microbio de la vacuna no se conocen.

Muy bien: eso lo sabemos; estamos perfectamente de acuerdo con el doctor Paullier y con el señor Metchnikoff.

Eso se encuentra, además, en cualquier manual de bacteriología y en cualquier manual de patología.

Lo que yo no veo, lo que yo no comprendo es lo que esto tenga

que ver con la cuestión de la vacuna obligatoria. Durante cien años hemos discutido si la vacuna es eficaz ó no, sin conocer el microbio; y no hay nadie que haya pretendido que se suspenda por esta causa el debate.

Así, pues, no veo la conexión que este hecho tenga con la vacuna.

Creo que lo mismo habría sido citar á Cicerón ó á Tácito.

Pero, en fin: el doctor Paullier tal vez no se dé cuenta de la manera cómo la cuestión de la vacuna está puesta.

No tratamos de averiguar, por el momento, lo que la vacuna contiene, sino si ese líquido complejo que llamamos vacuna, inyectado ó inoculado, es capaz de producir todas las pestes y todas las enfermedades, ó si es completamente inofensivo, si previene ó no la viruela, y nada más que esto. ¿O cree el doctor Paullier que no se pueden emplear las sustancias complejas, que es necesario conocer la esencia de las cosas para utilizarlas?

Pero esto es completamente contrario á la experiencia de todos los días.

Desde hace muchos cientos de años, todos los hombres comen. ¿Saben acaso lo que comen?... Recién empiezan á saberlo. ¿Les hacía falta semejante conocimiento?

De ningún modo.

Sabían que esas cosas sostienen, nutren y engordan, y eso les bastaba.

Pero hay más respecto de los agentes médicos. A cada instante manejamos agentes complejos con un éxito absoluto, sin saber lo que contienen.

Nuestros padres manejaban el opio con una habilidad extraordinaria: no sabían lo que contenía; pero eso no les impedía realizar la obra divina, que decía Platón, de calmar el dolor humano.

Manejábamos nosotros mismos, hace algunos años, con una perfecta seguridad, las hojas de digital, y con ellas hemos hecho volver á la vida á muchos corazones vacilantes.

Nuestros padres no conocían la quinina, pero manejaban magistralmente la quina integral y con ella han salvado á muchos hombres de los horrores del chucho palúdico.

Pero hay más: conocemos la rabia de una manera perfecta; conocemos su incubación, sus síntomas, su delirio, sus parálisis, sus contracturas, toda la evolución, su término funesto, aunque no conocemos el microbio.

Pasteur ha manejado con una habilidad sorprendente, sin conocer el microbio, el virus rábico; ha estudiado de una manera precisa y matemática la enfermedad en los animales—sus lesiones y la localización del virus; ha creado el estupendo sistema

de organoterapia que se conoce, sistema que ha librado á la humanidad de uno de sus mayores horrores, de una de sus más sombrías pesadillas; descubrimiento que basta para la gloria de un hombre, y aunque no fuera el creador de la bacteriología moderna, sería uno de los más benefactores de la humanidad.

Ya ve, pues, el doctor Paullier que se puede manejar un líquido complejo sin necesidad ninguna de conocerlo en todas sus intimidades.

Pero hay más: el doctor Paullier nos cree más ignorantes de lo que somos.

Si los antivacunistas aplicaran á una cuestión de pura ciencia otra cosa que la simple fantasía y un sentimentalismo que ha hecho su tiempo, no desconocerían los hechos luminosos á que voy á referirme.

A ellos les basta con el léxico habitual de sus grandes frases de efecto: «No violéis el cuerpo de mi hijo inyectándole un virus que va á ir por todos sus órganos, que va á inundar todos sus tejidos, que va á darle todos los males, que va á herirle en las fuentes mismas de la vida; y después es un virus inmundo, un líquido de putrefacción, de supuración asquerosa, cargado de gérmenes maléficos, cargado de ponzoñas mortales», etc., etc.

Yo no sé lo que los antivacunistas se imaginan cuando piensan en la vacuna. Yo no sé lo que creen que los médicos inyectamos, cuando inyectamos la vacuna. ¿Green, sin duda, que inyectamos algún virus terrible, de esos que la alquimia de la edad media fabricaba en sótanos sombríos ó en cavernas iluminadas por luz roja, ó uno de esos venenos sutiles que los profesionales del siglo xv llevaban en redomas misteriosas colgadas al cuello, prontos siempre para los grandes hechos á que estaban destinados? ¿Green, pues, que inyectamos sustancias como la famosa pasta infernal, en que entraba la piel de víbora ó sangre de vampiro, después de lo cual el cuerpo del infeliz paciente se caería á pedazos?

Yo no sé lo que ellos piensan; pero á juzgar por sus gestos y por sus palabras vengadoras, deben tener delante de los ojos espectáculos dantescos.

Pero esto prueba solamente la ignorancia ó la mala fe de los antivacunistas, porque si conversaran un poco con los hombres verdaderamente instruidos, no ignorarían que la vacuna es un líquido simplísimo, y que nada contiene de misterioso; que, en rigor, su composición nos es tan conocida como el agua de nuestras fuentes ó como los vinos de nuestras cepas.

Pero, ¿cómo, dirá el doctor Paullier, conocéis el microbio?... No lo hemos visto, no lo hemos coloreado; pero sabemos su

historia como si la hubiéramos leído en un libro, y sabemos, además, que la vacuna contiene solamente microbios de vacuna y bacterias inofensivas y que no contiene ninguna otra cosa capaz de dañar al organismo.

Pero, ¿por qué análisis milagroso?, dirá el doctor Paullier. Por una cosa más milagrosa que todos los análisis: por el proceso, por la evolución, por la corriente de la bacteriología moderna, esa ciencia maestra, esa ciencia poderosa, esa ciencia, que, al marchar, deja tras sí un reguero de ideas grandes y nuevas; de esa ciencia que, nacida ayer, ha creado ya un mundo.

¿Qué dice, pues, la bacteriología?...

La bacteriología ha descubierto un gran número de microbios. Pero es inútil enumerarlos: casi todos los de las enfermedades conocidas, la neumonía, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, la sífilis, etc., etc.

Pero no sólo los ha descubierto, sino que ha determinado, con una sagacidad y un rigor absoluto, el ciclo entero de su vida pasando al través de nuestro organismo.

Tomemos un microbio que vive en el exterior en condiciones diversas.

Lo lleva el agua, lo lleva el aire, lo lleva un cuerpo sólido cualquiera, al contacto de nuestra piel ó de nuestras mucosas. Penetra, primero, se repliega sobre sí mismo, se esconde entre las células, permanece silencioso durante un cierto número de días, dos, seis, ocho, diez, etc., muy variables, según los casos.

Se prepara para el ataque. Luego, se multiplica y se lanza al asalto de nuestras células.

Los fagocitos, según nos lo ha hecho conocer Metchnikoff, lo han presentado, y se preparan, esperan, en orden de batalla, en columnas, en avanzadas, en protecciones, etc. Los microbios lanzan las cascadas de sus ponzoñas. Los leucocitos ó los fagocitos contestan, y así la batalla se empeña, avanzan los microbios: los proyectiles nada han hecho. Se acercan, se tocan casi; es el cuerpo á cuerpo, es el abrazo mortal.

Todo esto, que es lo que pasa en realidad en nuestro organismo, se revela por lo que se llama enfermedad, es decir, el delirio, la fiebre de agotamiento de las fuerzas, etc.

Bien: la lucha continúa así un número variable de días. Después todo acaba: poco á poco la fiebre desaparece, las fuerzas renacen, el delirio cesa.

¿Qué ha pasado?

Ha pasado simplemente que los fagocitos han devorado á los microbios: ¡es el triunfo de la vida!... Otras veces, al contrario: el delirio llega hasta el embrutecimiento, la fiebre sube, las fuerzas decaen y se extinguen.

¿Qué ha pasado?... Que los microbios han destruído á los fagocitos: ¡es el triunfo de la muerte!

Tal es el proceso, en sustancia, de la vida de los microbios pasando á través de nuestro organismo. Semejante proceso es una ley tan invariable como es la ley que expresa la evolución de la vida humana: los hombres nacen, se nutren, crecen, se reproducen, mueren.

Y esta ley, no tiene excepción ninguna, ni puede tenerla, ni la tendrá jamás, porque es la síntesis del hombre. Pues bien: tan segura, tan infalible, tan inevitable como esta ley es la ley que determina el ciclo biológico de los microbios á través de nuestro organismo.

Ahora bien: lo que pasa con un microbio pasa con todos « *mutatis mutandis* ». Esta ley se cumple en todos los casos, se cumple en todas las enfermedades infecciosas. Tenemos una enfermedad infecciosa cuyo microbio no se ha descubierto: la escarlatina.

Pues bien: potentes, luminosas é irresistibles analogías nos prueban claramente que el microbio de la escarlatina se comporta como todos los demás y conocemos de antemano su historia.

¿Qué hace? Vive en el exterior en formas diversas; llega á nuestra piel, á nuestras mucosas, penetra en el organismo, se repliega sobre sí mismo, se prepara para el ataque y luego avanza, los fagocitos esperan; es la lucha, y la expresión de esta lucha es la escarlatina, es decir, la coloración roja de la piel, el mal de garganta, fiebre, etc. No quiero hacer aquí la descripción. Luego al cabo de un cierto número de días, todo desaparece: es el triunfo de la vida; ó todo se extingue: es el triunfo de la muerte.

Y esto, aún cuando no se ha descubierto el microbio de la escarlatina, lo sabemos con una precisión matemática, absoluta, esto es lo que pasa y lo que debe pasar, de toda necesidad.

Ahora bien: la vacuna es una enfermedad infecciosa, la vacuna encaja en las enfermedades infecciosas, la vacuna sigue todas las leyes de las enfermedades infecciosas, y, por consiguiente, tiene un microbio que obedece á las leyes del ciclo vital como los demás microbios.

¿Qué hace este microbio? Vive en el exterior en diferentes formas; después llega á la piel, generalmente inoculado, se repliega sobre sí mismo, vive cuatro ó cinco días en silencio, luego se lanza al ataque de nuestras células; la lucha se empeña y se exterioriza por síntomas que todos conocen: un poco de fiebre, á veces una pequeña aureola roja en el brazo, la pústula, etc. Es la enfermedad llamada vacuna, enfermedad que acaba siempre por el triunfo de los fagocitos, por el triunfo constante é invariable de la vida.

Por consiguiente, llegamos á esta conclusión: la vacuna tiene un microbio cuyo ciclo completo conocemos de una manera perfecta, lo mismo que si lo hubiéramos coloreado. Sabemos, pues, que la vacuna contiene microbios de vacuna y sus toxinas; y si la cultura es pura, podemos decir que es completamente inofensiva. ¿Por qué? Porque lo demuestra una experiencia secular; demuestra que la vacuna típica no es jamás grave; que si la vacuna puede ser más ó menos seria, eso es debido á la mala preparación y á las infecciones secundarias. Por consiguiente, hay en el virus vacuna una cultura pura de microbios de vacuna; pero esa cultura ¿es siempre pura? ¿No tiene otras bacterias? ¿No tiene otras toxinas? Y bien: podemos asegurar—en tanto que la ciencia permita asegurar estas cosas—podemos asegurar que no tiene más que microbios de vacuna cuando es legítima, cuando es bien preparada, cuando se inyecta en la hora oportuna.

¿Cómo lo sabemos?

Por los procedimientos más infalibles de la bacteriología; por los procedimientos que ha creado la bacteriología moderna, por los procedimientos de que han nacido los más grandes descubrimientos médicos de que nos enorgullece nuestra época; lo sabemos por la cultura, lo sabemos por las inoculaciones en los animales, lo sabemos por el examen directo en la platina de nuestros microscopios, y así podemos asegurar que no tiene microbios de ninguna enfermedad de las que existen en el mundo, que son todas las que actualmente conocemos y curamos; que no tiene bacilos de tuberculosis; que no tiene bacilos de fiebre tifoidea, que no tiene bacterias de escarlatina, que no tiene nada absolutamente. Y entonces, ¿qué tiene? Si no tiene ninguno de estos bacilos, no tiene más que el microbio de la vacuna, y algunas bacterias inofensivas. Esto se ha podido comprobar.

De suerte que, como he dicho antes, la vacuna, en realidad, no sólo es inofensiva, sino que es tan conocida como el agua que bebemos; que la vacuna, bien preparada é inyectada á su hora, en resumen, no contiene sino gérmenes de vacuna y bacterias inofensivas, que no tiene ningún germen ni ninguna sustancia misteriosa, que todo es claro y limpio en la composición de la vacuna.

Y esto resulta demostrado, no ya por la experiencia directa, que podría ser contestada, sino por todo el proceso de todo el movimiento de la bacteriología moderna; resulta como una conclusión casi matemática de principios biológicos que tienen la misma firmeza, la misma inmutabilidad que el principio de la gravitación universal.

De esta manera, la ciencia demuestra por los principios lo que

ya la experiencia ha demostrado por otros caminos más cortos pero menos seguros y más sujetos á caprichosas contestaciones.

Así, pues, si esto es así, si la ciencia responde de esta afirmación, ¿en qué quedan las blasfemias de los antivacunistas? Son, para mí, fruto, como dije antes, de la ignorancia en los legos, de la mala fe en los instruídos, y en ciertos espíritus muy nobles, instruídos ó legos, de una sensibilidad excesiva, que ponen siempre un grano de fanatismo en las más puras cuestiones de principios.

Pero esas acusaciones deben cesar, ó mejor, que no cesen. Los antivacunistas pueden dar rienda suelta á sus fantasías enfermas; yo no aspiro á curarlos, yo no aspiro á convencerlos. ¿Se convence, acaso, la pasión en delirio? ¿Calman las palabras de los hombres las furias del mar desencadenado? Yo hablo á los hombres serenos é independientes de esta Cámara, y les digo: un hecho que está probado por toda la corriente de la bacteriología moderna; un hecho que es una deducción directa, de los más altos, de los más fijos, de los más inmutables principios de la biología, un hecho que está demostrado por los procedimientos más rigurosos de la ciencia moderna, este hecho, ¿puede negarse? No, sin negar la ciencia: y la ciencia no se deja negar, porque la ciencia es realidad viviente, realidad brutal, realidad que aplasta, porque es realidad la radiología, porque es realidad el vapor, porque es realidad la electricidad, porque es realidad esa portentosa higiene moderna, que aspira, en su audacia generosa, á suprimir el dolor y á vencer casi á la muerte.

Sin la ciencia, ni los individuos ni los pueblos pueden dar un paso; porque la ciencia es el instrumento más formidable de las sociedades modernas.

Así, pues, la vacuna no contiene más que vacuna, y no contiene nada extraño ni misterioso; todo cuanto contiene es claro, sano y benéfico; y esto sólo pueden negarlo los que niegan la luz que deslumbra, los que niegan los ruidos que atruenan los aires, los que niegan el hierro que hiere su piel y desgarrar su carne.

Ahora, tal vez sería preciso considerar la estadística que ha presentado el doctor Paullier. Esa estadística establece en resumen lo siguiente:

En el siglo pasado, 1760, creo, la mortalidad por viruela era, según Tissot, de 15 %. En el siglo presente, en algunos hospitales ingleses, llega á ser, en ciertos casos, hasta de 83 %.

El argumento parece decisivo; el argumento, sin embargo, no vale nada.

Primero, esa estadística es falsa, completamente falsa. ¿Por qué? Porque en el siglo pasado, en Inglaterra, no había registro

mortuorio. Si no se conoce el número de muertos, ¿cómo, pregunto yo, se puede conocer el número de enfermos? Más: ese número de enfermos era imposible conocerlo, porque la viruela era en esa época una enfermedad tan común y tan banal como un resfrío, y por un resfrío no se llama á los médicos; de suerte que los médicos seguramente no asistían á la inmensa mayoría de los enfermos de viruela; y eso falsea completamente en toda estadística, como se ve.

Además, había un gran número de casos de viruela en individuos que habían sido inoculados, viruela infinitamente más benigna que la viruela espontánea, lo cual falsea también la estadística; pero sobre todo, el hecho capital, es que no hay estadística general, que eso tendría que ser una estadística personal, privada, muy limitada, y por consiguiente sin valor alguno.

Pero aunque fuera exacta, porque por otro camino se pudiera demostrar también que es exacta, buscando estadísticas de otros países, no en Inglaterra... supongamos que fuera exacta: entonces sucede que en el siglo pasado, en 1760, muere el 15 %, y en este siglo muere el 83 %.

¿Por qué esta diferencia tan enorme?

Estamos en la época de la vacunación. Pero hasta ahora nadie ha sostenido que la vacunación agrave la enfermedad, porque eso sería un puro delirio, y ni siquiera discutiríamos con quien sostuviera semejante cosa.

Prescindamos, pues, de la vacuna, y entonces tropezamos con este hecho enorme: en el siglo XVIII muere el 15 % y en el XIX el 83 %.

Quiere decir que hay una causa que separa el siglo XIX del siglo XVIII, y esta causa no puede ser la vacuna, porque la suponemos completamente inútil.

Quiere decir que no se puede comparar en materia de mortalidad de viruela dos épocas distintas, que eso es simplemente absurdo.

Además, la estadística de Tissot es una estadística media, y no se puede comparar una estadística media con una estadística de epidemias, porque durante las epidemias la mortalidad es infinitamente mayor que en los casos comunes; más: no se pueden ni siquiera comparar dos epidemias, porque las epidemias tienen una gravedad muy distinta, según los casos, y á veces por excepción una mortalidad menos que en los casos comunes.

Yo he visto, personalmente, una epidemia de cien enfermos en un batallón; todos los casos fueron benignos y ninguno estaba vacunado, hará de eso 25 ó 30 años, lo que prueba que á veces las epidemias son excesivamente benignas, mientras que en otros

casos son excesivamente malignas. Quiere decir, que no solamente no se pueden comparar dos épocas distintas, separadas por un siglo, sino que ni siquiera se pueden comparar dos epidemias del mismo año. Todas estas comparaciones no llevan á conclusión ninguna utilizable.

Pero hay más: supongamos que se puedan comparar épocas tan distintas. Lo único que sería útil saber, es esto: en esta época de vacunación, cuántos, sobre cien muertos, estaban vacunados, y cuántos no; basta que hubiera cincuenta no vacunados para que ya la estadística estuviera falseada por completo.

Además, se necesitaría averiguar también de qué clase de enfermos se trata, pues á los hospitales van generalmente los enfermos más graves; si los individuos habían perdido la inmunidad de la vacuna después de muchos años, ó si la conservaban todavía activa.

Todas estas cosas sería necesario saberlas, todas esas cifras sería necesario conocerlas; de otra manera no demuestran nada; son inútiles; y si el doctor Paullier no fuera abogado, no habría presentado esta estadística en la forma que lo ha hecho, forma en que es absolutamente muda.

Otro antivacunista ha presentado esa misma estadística; pero con más habilidad, aunque no demuestra nada de ningún modo, porque no se pueden comparar épocas tan distintas del siglo XVIII, época de variolización é inoculación, y el siglo XIX, en que semejantes prácticas han desaparecido.

A otra cuestión voy á consagrarle algunas palabras.

El doctor Paullier acusaba á la Comisión de falta de lógica. El Poder Ejecutivo, dice el doctor Paullier, ha sido perfectamente lógico: cree que la vacuna es útil y necesaria, y la impone por la ley; pero la Comisión, creyendo que la vacuna es útil y necesaria, la impone solamente á la infancia, ó en los primeros años de la vida. Hay en esto, dice el doctor Paullier, una contradicción, una falta de consecuencia evidente.

Yo le dije entonces, resumiendo mi opinión en una interrupción, que era con el objeto de vencer las resistencias; y esto le dió al doctor Paullier motivo para una tirada sentimental que pudo conmover á la Cámara: «¡Ah! vacunáis á los niños, porque los niños no pueden resistir; no vacunáis á los adultos, porque tienen bíceps poderosos y pistolas, para defenderse, porque pueden resistir victoriosamente».

¡Pero eso es una monstruosidad! El doctor Paullier, que es un abogado distinguido, debería conocer la cuestión legal, por lo menos, de la vacuna; que desconozca la cuestión científica, nada más natural.

El señor doctor Paullier no sabe que no se trata de resistencia física, que nunca se va á vacunar á un niño á viva fuerza; que lo que se hace es imponer una simple multa al padre; pero que el niño queda intangible, inviolable, en todos los casos; y si los niños resistieran,—¿acaso no resistirían más violentamente que los adultos? Es que detrás del niño está el padre; cualquier padre será capaz, por poco que se le fastidie, de entregar su brazo al vacunador oficial; pero si se trata de su hijo, si cree que se le va á inyectar un veneno formidable, el padre se pondrá en frente del vacunador y éste comprenderá que no llegará al niño sin una lucha llena de consecuencias, y seguramente retrocederá.

Los niños ofrecen una resistencia física tal vez mil veces superior á la del adulto; pero no se trata de resistencia física, se trata puramente de resistencia moral.

Ahora, queda la acusación de falta de lógica.

La Comisión ha carecido de lógica, dice el doctor Paullier, pues, to que creyendo que la vacuna es buena absolutamente, no la impone sino á la infancia. Sí, señor: ha carecido de lógica, yo lo confieso francamente. Pero es que yo creo que en este caso llevar la lógica al extremo sería un grave error.

En realidad, los hombres deben, en cuestiones como estas, en cuestiones de política y de legislación, deben ser eminentemente flexibles.

La política, como la sociología, resultan de una serie de transacciones entre el ideal y la realidad: la materia de las leyes es el pueblo, y hay que acomodar, ajustar la ley á las cualidades del pueblo, sus virtudes y sus defectos, sus pasiones y sus fanatismos. Y es por eso que nosotros descendemos de la altura de nuestros principios, transigimos con la realidad, y buscamos una ley de vacunación que provoque la menor resistencia posible, porque, de esta manera, los resultados serán infinitamente más beneficiosos. Puede ser que vacunemos á un 80 % de los niños con esta medida; y si la ley fuera estricta, brutal, rigurosa, es posible que no vacunáramos á un 50 %.

Por consiguiente, las exigencias de la política y de la sociología imponen á cada instante de la vida de los pueblos estas inevitables transacciones.

Por lo demás, está en mi trabajo de 1891 tratada esta cuestión minuciosamente.

Yo no quiero imponer á la Cámara la lectura de una ó dos páginas; pero ahí está tratada la cuestión de una manera completa y en todas sus fases; pueden leer los que quieran la página 195, pues yo no quiero imponer á la Cámara la molestia de una larga lectura.

Ahora, el otro reproche se refiere á limitar la vacunación á la infancia.

Con el permiso de la Cámara voy á dar lectura de esas páginas de mi trabajo.

(Lee):

«Las consideraciones que anteceden, muestran bien claramente que bajo el punto de vista de los principios que dominan esta grave cuestión de higiene pública, vuestra Comisión está completamente de acuerdo con el señor diputado Pérez, y os aconsejaría, sin vacilar, la sanción en general del proyecto que le pertenece. Pero, en cuanto á los detalles, á la traducción en ley del principio de la obligación, vuestra Comisión tiene el sentimiento de diferir en opiniones con el señor Pérez. El proyecto de nuestro honorable colega tiene el defecto de una excesiva severidad en la aplicación de los principios científicos. Es sin duda la realización de un ideal á que todos aspiramos; pero la realización neta, brutal y simple, y como sucede siempre que los ideales abstractos quieren aplicarse á la vida de una manera demasiado absoluta, ese proyecto tal vez justo y bueno de un punto de vista científico, es irrealizable é inútilmente atentatorio de un punto de vista práctico. Es que las leyes, para ser fecundas, han de amoldarse al nivel intelectual del pueblo, traducir directamente sus grandes necesidades, sus grandes aspiraciones. No es el principio el que da la ley: es la realidad, es la sociedad con sus creencias tradicionales y sus anhelos de progreso, con sus amores y sus cóleras, con sus miserias y sus grandezas, y si es permitido perfeccionar á las naciones por medio de leyes que se anticipen á los tiempos en que ha de regir, es necesario que la experiencia, si no ha de ser peligrosa, se contenga dentro de límites insalvables.»

Aquí están los principios. Sigue este capítulo tratando de la cuestión.

Así, pues, esta cuestión es simplísima y está completamente resuelta.

El otro reproche que se nos hacía es el de limitar á la infancia la vacunación.

Esto también ha sido tratado plenamente en el informe y tratado en condiciones especiales, cuando esta cuestión no se conocía tan perfectamente como se conoce ahora.

La razón capital que yo tenía es que el Estado comparte con el padre la patria potestad, y la comparte de una manera indudable. No voy á imponer tampoco la lectura de dos ó tres páginas á la Cámara.

Yo me fundaba, naturalmente, en que el Estado toma al niño y

lo hace instruir obligatoriamente y ejerce sobre él otros actos de paternidad evidentes. Ahora, la cuestión ha cambiado: no sólo se han votado leyes limitando la patria potestad, sino que el derecho del Estado, en formar el alma del niño, se ha acentuado extraordinariamente desde aquella época.

Mr. Lefort, por ese tiempo, decía precisamente: «Vos no podéis tomar el cuerpo del niño, como no podéis tomar el alma».

El cuerpo se le toma todos los días para la guerra y no para vacunarlo solamente, sino para destruirlo. En cuanto al alma, se la toma toda entera, puesto que en Francia se ha dictado una ley de laización de la enseñanza.

Las escuelas eran un semillero de enemigos, de traidores á la República, y el Estado quiso hacer, á pesar de las creencias de los padres, quiso hacer de los niños pequeños republicanos, y les impuso la instrucción laica.

Se ve, pues, que el Estado tiene grandes derechos aún sobre el alma del niño; pero yo no quiero discutir ahora esta cuestión; en la discusión particular, con motivo del artículo 1.º, vendrá la oportunidad. Entonces, si ella fuera impugnada, yo volveré sobre este asunto, y si no yo, alguno de los distinguidos abogados que componen la Comisión, más competente que yo en estos asuntos legales. Es claro que en la cuestión legal me pasa á mí lo que le pasa al doctor Paulmier en la cuestión médica: tropezaré á cada instante con insuperables dificultades. Afortunadamente tengo buenos asesores y espero que me sacarán de cualquier apuro.

Quedaría todavía un inmenso número de cuestiones que tratar.

Este asunto es interminable y podría durar veinte sesiones; pero, repito, yo quiero limitarme, porque añadir nuevas pruebas, sería, como dije antes, inútil y fastidioso. Además, combatir objeciones que no se han hecho en esta Cámara, me parece poco oportuno.

Si alguien las hiciera en las siguientes sesiones, entonces volveré sobre este punto y trataré la cuestión con la extensión que el caso requiere: iré tan lejos como me lleven mis adversarios, sin retroceder ni un instante.

Por el momento voy á terminar.

Me queda sólo una última pequeña cuestión que tratar; y esa sí es indispensable que la dilucide en este momento.

Yo tengo una fe profunda en la vacuna, y no es una fe que se expanda en vanas palabras: es una fe que sufre todas las pruebas y va delante de todos los peligros.

Tengo una hija única y me acompañaba á hacer mis visitas á mis variolosos en la última epidemia. ¿Qué tenía que temer? La había vacunado. Y no es una fe de sentimiento: se funda en

treinta años de observación y de estudio; es por eso que no soy fanático, y es por eso que voy á hacer algunas pequeñas concesiones á mis adversarios, para ponerme en su terreno, para batirlos con sus propias armas.

Voy á suponer que haya diez ó doce hombres de ciencia en el mundo que nieguen la vacuna,—hombres de ciencia serios.

Bien; pero esto lo acuerdo como hipótesis y no de otro modo, porque no es de ninguna manera mi opinión real.

Los antivacunistas me impresionan mal; el sistema me parece de una fragilidad insanable; sus estadísticas, arregladas con más ingenio que solidez; sus razones, más sutilezas que verdaderas razones; y su buena fe, muy á menudo contestable.

Pero no es eso lo que me impresiona más: lo que más me impresiona es la indiferencia, es el desprecio con que la verdadera ciencia, la ciencia universal trata á los antivacunistas; pero, en fin: pasemos sobre todas estas cosas y supongamos que haya diez ó doce hombres de ciencia serios y respetables que estén contra la vacuna. Como los demás están en favor, resultaría que hay sobre este asunto disidencias, que hay opiniones encontradas.

Ahora bien: ¿Es esta una razón para que la vacuna sea descartada; para que la ley se considere injusta ó atentatoria? Yo no lo creo de ningún modo, y voy á demostrarlo.

Las leyes tienen en cada época de la historia su base en el alma de los pueblos, en la ciencia y las controversias de los sabios; el arte, las costumbres, las creencias, las supersticiones; todo lo que emana de la vida y del movimiento de la sociedad, y se condensa en esta palabra: «civilización».

En otros términos, la civilización integral es la base de las leyes en los diversos momentos de la historia.

Las civilizaciones sucesivas dejan tras sí un saldo de ideas definitivas, que quedarán, como faros eternos, alumbrando la ruta del hombre; á todas las demás se las traga el abismo sin fondo de la historia, y quedan como ejemplos de grandes errores y lamentables caídas; pero aquéllas verdades y estos errores formaron, en su síntesis de una hora, la trama de las leyes. Quiere decir que no hay error, que no hay iniquidad, que no hay injusticia que no haya sido artículo de leyes vividas.

Licurgo hacía arrojar á los débiles y á los enfermos de la roca Taigetes; los romanos han ultrajado la naturaleza humana en los miserables esclavos, pasto de las fieras del circo. La Edad Media ha legislado las mayores injusticias y las más abominables desigualdades; y en la época moderna, la propiedad, base y piedra angular de las legislaciones históricas, empieza á conmoverse y se entrevén ya días mejores para los eternos ilotas.

Hay, pues, necesariamente, leyes injustas en cada época de la historia, porque cada época ha de hacer sus leyes con el lote de civilización que le cae en suerte. La ciencia, el arte, las creencias, las costumbres, son, en un momento dado, limitadas, rudimentarias, bárbaras, impuras. Más tarde, la ciencia será más grande, el arte más elevado, las creencias más racionales y las costumbres más puras, pero no se puede precipitar el curso de los tiempos, y los pueblos se encuentran por consiguiente, delante de este dilema férreo: ó hay leyes injustas, ó no háy leyes; ó hay leyes injustas en parte, ó no hay leyes ningunas.

Así, pues, leyes injustas, pero orden, movimiento y vida, ó no hay leyes, y entonces es la anarquía, es la inmovilidad, es la muerte.

Ahora bien: por no tolerar un grano de injusticia fatal en las leyes, ¿vamos á pararnos, á morir? ¡No! ¡Hacia adelante, hacia la cumbre, hacia la luz, con el dolor, con la miseria, con todos los males inevitables que son el gaje del progreso y como el estigma de nuestra raza!

Tal es el grito de la humanidad en todas las edades, y así va cumpliendo su obscuro destino en la jornada de la historia.

Ahora, descendamos de estas alturas y vengamos á esta cuestión más terrena y más palpitante de la vacuna.

Hay disidencia, como he dicho, como he supuesto por hipótesis, sobre la vacuna. Hay unos pocos que la atacan, aunque la ciencia la defienda. Ahora, pregunto otra vez: ¿es esta una razón para que la ley sea descartada, para que se le considere injusta ó atentatoria? De ningún modo: si esto fuera así, no habría ley ninguna de base científica, porque sobre todas las cuestiones de ciencia hay controversias entre los sabios. No habría leyes sobre cuarentenas, desinfecciones, aislamientos, supervivencia, infanticidios, suicidios, responsabilidad penal, etc., etc., porque sobre todas estas cuestiones no está la ciencia plenamente de acuerdo. Pero esas leyes son necesarias, indispensables, absolutamente indispensables, y entonces, ¿qué hacemos? No hay más que un camino: consultar á la ciencia universal; la civilización del momento, tal cual resulta de todas las oposiciones y de todas las armonías de los sabios. Pero, ¿cómo averiguarlo? Indagando cuáles el pensar de los hombres de ciencia, de los primeros, de los más grandes, de los más preclaros, indagando cuál es el pensar de las Facultades, de las Academias, de los Consejos, de las sociedades médicas que, en su conjunto, personifican y encarnan la ciencia y la civilización universal en este momento histórico.

Pero, ¿cómo averiguar esto mismo? Nosotros no tenemos calidad: los Parlamentos y los Gobiernos no tienen calidad para hacerlo,

porque son completamente incompetentes en cuestiones de ciencia pura, en cuestiones de Medicina. Pero cada Estado tiene sus Consejos, tiene sus Academias, sus Facultades, que, en pequeño, representan la ciencia universal, á la cual siguen, sirven y se amoldan. Los Consejos, las Academias y las Facultades, deben, pues, dar á los Parliamentos las bases de las leyes científicas; las bases que son la resultante de todas las oposiciones entre los sabios y que son la expresión de la ciencia universal y la civilización de la época. El Estado no puede hacer más que seguir á sus cónclaves científicos, que son sus consejeros naturales; el Estado no puede tomar en cuenta las disidencias, no ya cuando son escasas y sin autoridad como en la vacuna, sino cuando sean numerosas y respetables. ¿Por qué? Porque no tiene competencia para dirimir las cuestiones que dividen á los sabios, que dividen á los médicos; de otro modo, las leyes serían imposibles, los Gobiernos estarían condenados á la inmovilidad y harían correr al pueblo los mayores peligros. O los Gobiernos siguen á sus cuerpos sabios sin mezclarse en oscuras y complicadas controversias, ó renuncian á la acción, que es su destino y su fuerza, para convertirse en una banda de ergotistas estériles, que hablan de lo que no entienden, mientras que las enfermedades, las miserias y la muerte pasan sobre los pueblos.

Un buque llega cargado de coléricos al puerto: las Academias, los Consejos, las corporaciones públicas, le dicen, le gritan, le imponen al Gobierno que lo detenga, porque ese buque trae la desolación y la muerte. Unos cuantos extraviados le dicen: Abridle las puertas, son inofensivos. ¿Qué va á hacer en esta alternativa el Gobierno? ¿Va á condenarse á la inmovilidad musulmana, mientras el desastre avanza? ¡No! seguirá á sus Consejos, á sus Academias, á sus Facultades, y mandará al buque á la desinfección y á los enfermos al lazareto.

Hacer otra cosa, sería pura demencia.

En efecto, deteniendo al buque, siguiendo á sus consejeros científicos se conforma con lo que es la regla y la norma universal en las naciones civilizadas: en las más grandes como en las más pequeñas, en las más cultas como en las más atrasadas, sin excepción ninguna, ni en ningún tiempo. Es que se trata de un principio orgánico y absolutamente fundamental, de un principio de buen gobierno, de un principio vital é inviolable, tan necesario, tan indispensable como el Poder Ejecutivo, el Parlamento ó la Justicia; un principio que es la característica misma de toda civilización y sin el cual no se concibe ni se comprende una nación moderna.

Pero, se dirá entonces: «La ley puede resultar injusta». No en

un caso como la vacuna, porque el consenso de los sabios es universal, pero aunque así fuera, ¿no es una ley sociológica, la más alta, la más permanente, la más inviolable, que los pueblos, en la necesidad suprema de marchar y de vivir, deben resignarse á veces á legislar injusticias? Los pueblos no pueden como Hamle detenerse ante el peligro á escudriñar los secretos motivos de la acción.

Oyen á la ciencia, ven la ancha vía iluminada que la ciencia les señala, y entran en ella seguros, confiados y resueltos, porque saben que toda vacilación es una debilidad, que toda debilidad es una falta, acaso un crimen.

Los pueblos y los parlamentos no pueden, pues, hacer otra cosa que seguir á sus cónclaves científicos, que son sus consejeros naturales: hacer otra cosa, sería demencia, ruina, muerte, desastre.

Ya ve, pues, el doctor Paullier que en este proyecto no podemos consultar á Wallace y sus secuaces; que si tal cosa hiciéramos, seríamos la risa del mundo, y nos pondríamos fuera de la civilización de esta época y de todas las épocas.

Seamos, pues, de nuestro tiempo.

Votemos esta ley que nuestro tiempo aconseja: votémosla con la conciencia tranquila, con la seguridad de que cumplimos un grande y noble deber. Jamás ley alguna tuvo base más ancha en la ciencia de su época: nos lo dicen las voces que llegan de todo el mundo; nos lo dicen nuestros cuerpos médicos—nos dicen que todos los sabios, los primeros del mundo, los más grandes, los más serenos—aquellos á quienes la humanidad debe los más ilustres servicios; que todas las Academias, sin exceptuar una sola; que todos los Consejos, sin exceptuar uno solo; que todas las Facultades, sin exceptuar una sola; que todas las sociedades médicas sin exceptuar una sola, declaran que la vacuna es una de las mayores conquistas de la humanidad en todas las edades; nos dicen que la vacuna es eficaz, que la vacuna es inofensiva, que la vacuna es necesaria.

Y esa es la ciencia que habla, se la reconoce signos inequívocos.

Y ¿entonces hemos de escuchar las voces aisladas que se pierden en el clamor de la ciencia, esas voces aisladas que están contra la ciencia, que están fuera de la ciencia, exteriorizadas por sus órganos más conspicuos, y más autorizados? ¡No!

¿Buscáis ejemplos?

Las naciones más grandes del mundo, las que están á la cabeza de la ciencia y de la civilización, han votado leyes de vacunación obligatoria, y esas naciones, las más serenas, aquellas en

que el derecho es más respetado, aquellas en que la verdad es más luminosa, aquellas en que la justicia es más pura, aquellas en que la piedad es más grande y comprensiva,—¿esas naciones se habrían unido para atacar la libertad y violar los derechos de la conciencia humana? No: no puede ser.

Pero ese consenso de las naciones es una nueva prueba de que la ciencia y la civilización universal aconsejan la vacuna, imponen la vacuna; y entonces, ¿nos hemos de resistir á lo que es como un movimiento de nuestra propia vida y de nuestra propia fuerza?... Ni los individuos ni los pueblos pueden ponerse en frente de sus destinos: los primeros caerán vencidos en la lucha por la existencia, porque han hecho abandono de su fuerza; los pueblos serán los últimos en la inmensa columna humana que marcha hacia el progreso.

He dicho.

(¡Muy bien!).

Comisión Sanitaria Internacional Informadora

De conformidad con la resolución sobre Policía Sanitaria, votada por la Tercera Conferencia Pan-Americana, celebrada en Río de Janeiro, el Poder Ejecutivo ha designado á los doctores Ernesto Fernández Espiro, Joaquín de Salterain y Julio Etchepare para componer la Comisión Sanitaria Internacional Informadora.

De acuerdo con una de las resoluciones adoptadas en la Tercera Convención Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas celebrada en México, los datos sanitarios provenientes de la Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Perú, deben ser remitidos al Centro de Información Sanitaria de Montevideo, á cargo de la Comisión antes nombrada, Centro de Información que la Tercera Conferencia Pan-Americana había propuesto que estuviese radicado en Montevideo.

Reunidos en el Despacho del Ministerio del Interior, los doctores Fernández Espiro, Salterain y Etchepare, S. E. el Ministro del ramo declaró instalada la referida Comisión, la cual ha designado Director y Secretario de dicho Centro, á los doctores E. Fernández Espiro y J. Etchepare respectivamente.

Relacionado con este mismo asunto, podemos adelantar que las Comisiones Sanitarias del Brasil, Colombia, Chile y México han quedado constituidas con las siguientes personas: